

LA CRISIS DEL MUNDO COLONIAL

I

EL mundo colonial europeo parece haber entrado en fase de acelerada liquidación. Se pretende identificar en un común anhelo de independencia el desasosiego subversivo que inquieta el ámbito de proyección europea sobre los restantes continentes. Las repercusiones particulares de este desasosiego son consideradas como manifestaciones, en distinto grado de agudización, de un gran movimiento de rebeldía abarcador de la totalidad del mundo dependiente.

Pero este intento generalizador diverge, en función enmascarante, de la real conjugación de factores que actúan en el proceso emancipador. Hay un hecho incuestionable en el que necesariamente hemos de centrar el estudio si queremos apoyarnos en sólidos basamentos. Y es éste: Que sólo al área situada bajo el dominio europeo alcanza este movimiento de disgregación. Mientras que en los restantes aglutinamientos de pueblos dependientes o semiindependientes los vínculos de sometimiento son considerablemente reforzados.

En tres áreas se distribuyen los pueblos sometidos. Y cada una de ellas ha tipificado las formas de dependencia:

a) La sometida a las potencias del Occidente de Europa, que adopta la forma considerada por antonomasia como colonial y cuyo proceso evolutivo hacia formas políticas de autodeterminación se va desarrollando larvadamente en los años que preceden a la guerra.

b) El área cerrada euroasiática, empotrada en la férrea tiranía soviética, que bajo una simulación de formas asociativas libremente determinadas, extrema los grados de sometimiento.

c) El área vinculada económicamente al creciente poderío norteamericano, de dispersa localización geográfica y alcance impreciso, cuyo desenvolvimiento político queda en gran parte determinado por esta subordinación económica.

El influjo de la guerra, con los distintos grados de quebrantamiento tanto material como moral de ella derivados, y, sobre todo, con la nueva constelación de potencialidades surgida de su resultado, ha sido de transcendental importancia. Porque ha ocurrido un hecho cuya repercusión tiene en el mundo colonial una importancia decisiva: el área de pueblos dependientes de mayor extensión es proyección europea, y Europa, en bloque, ha sido la gran derrotada, aunque parcialmente figure adscrita al grupo de los vencedores. En los dos grandes copartícipes de la victoria se percibe un ansia, difícilmente enmascarable, de botín a costa de sus aliados más quebrantados. La mutua rival vigilancia ha impedido, fundamentalmente, que el despojo se consumara. Fué ya decisivo que a la hora de fijar las bases que presidieran la difícil convivencia postbélica fueran Estados Unidos y Rusia —las potencias que más partido podían obtener del aniquilamiento del mundo colonial europeo— quienes estaban en más favorables condiciones para imponer su criterio. Las potencias coloniales europeas se vieron obligadas a aceptar la trampa ideológica que se les tendía, trampa en cuya elaboración habían tenido considerable parte. Aceptaron como incuestionables una serie de principios en pugna con sus intereses vitales. La asignación a la guerra, con carácter primordialmente propagandístico, de un alcance no coincidente con su efectivo significado, ha tenido como consecuencia que los presuntos vencedores del Occidente europeo se

encontraran, tras la victoria, considerablemente coaccionados por su propio tinglado ideológico. Esto trajo como resultado inmediato:

1.º Que la gran masa de la propia opinión europea se adscribiera, en ingenua mecánica conceptual, a dichos principios, constituyendo así un considerable lastre —cuando no otra cosa— para futuras actuaciones, realizadas casi siempre a contrapelo de común sentir.

2.º Que el proclamado derecho de todos los pueblos a regirse por formas políticas autodeterminadas se limitara en sus intentos de aplicación coactiva, al área colonial europea, aceptando con validez indiscutible el simulacro de independencia de las dos restantes áreas de pueblos dependientes.

3.º Que las potencias occidentales tuvieran que acudir a fórmulas oportunistas que permitieran calzar la gran disparidad entre principios ideológicos y realidades.

4.º Que se concediera excesiva beligerancia a los presuntos representantes de los países coloniales y que se sobreestimaran, en perjuicio incluso de los mismos interesados, sus posibilidades de autodeterminación.

5.º Que Rusia y Norteamérica tuvieran a mano un buen arsenal ideológico que respaldara su respectiva política de toma previa de posiciones para la gran pugna final que presienten y cuyo sucesivo planteamiento preside decisivamente la política mundial.

II

Al hecho de que las potencias que casi monopolizaban el dominio colonial quedaran mecánicamente adscritas al bando vencedor y, sobre todo, a la gran dualidad de supuestos y consiguiente rivalidad en que se montara el mundo de la post-

guerra, se deben únicamente las difíciles supervivencias coloniales, que casi siempre exigen un vergonzante enmascaramiento. Inglaterra, gravemente lastrada en su acción colonial por el nefasto advenimiento laborista, arroja vergonzosamente lastre por la borda e intenta salvar el resto en más o menos simuladas autonomías oportunistas, envueltas en trasnochada retórica. Francia, conjugando armas y diplomacia, consigue enhebrar el tinglado simulador de la Unión Francesa, fórmula de muy elástica aplicación y en la que de hecho se alojan los más variados grados de dependencia —en la escala de potencialidad agresiva que va de la Indochina a Gabón—. Holanda, gallardamente indócil al simulacro, se ve obligada a pactar la consumación de su dominio indonésico, no tanto por falta de voluntad combativa —no era necesaria gran cosa— cuanto por desasistencias —y algo más que desasistencias— externas. Solamente Bélgica, Portugal y España, bajo distintos signos y en distinto grado, logran sustraerse a la gran corriente inhibitoria y, gracias también al carácter casi meramente africano de sus posesiones, obtienen resultados discretos en sus actuaciones respectivas.

III

Esta eclosión de independencias, que para la ingenua versión propagandística al uso pudiera ser la primera fase —necesariamente turbulenta— de un próximo futuro rosado de convivencia pacífica de pueblos libres, incide sobre una situación mundial poco esperanzadora. No se ha destacado suficientemente la paradójica coincidencia de la exacerbación de este nacionalismo retrasado de los pueblos dependientes con la gran crisis del estado nacional como fórmula de actuación histórica. La nación, forma activa de creación histórica y pro-

ducto de una ya periclitada fase de la cultura europea, presenta actualmente un vigor impositivo muy atenuado. ¿Es que estos tardíos del nacionalismo europeo, al conformar áreas de convivencia surgidas de medios radicalmente diversos, ofrecerán alguna posibilidad creadora? ¿Es que este presunto fervor nacionalista responde realmente a una necesidad inmanente de propia independencia, culminadora de un proceso evolutivo que haga necesaria la concreción del cuerpo social en formas políticas autodeterminadas? ¿O su función será exclusivamente desintegradora de unidades históricas europeas cuya proyección hegemónica entra en una fase de fatal decadencia?

Es muy sospechoso que todo el anhelo liberador se satisfaga casi siempre con un simulacro y la pretendida independencia no constituye de hecho más que una situación de expectativa para ulteriores dependencias, bajo las nuevas formas en que se constele el futuro dominio político.

Quizá en ningún otro campo, entre los muchos de que la confusa situación actual nos ofrece ejemplos, como en el proceso de subversión de los pueblos dependientes, pueda plantearse con mayor claridad la contradictoria realidad entre la ideología operante y la conjugación de factores reales.

Las ideologías actúan siempre como interferencias obstaculizadoras. Cuando encarnan en el cuerpo social con suficiente potencialidad para llegar a una acción efectiva, la situación de que arrancan ha sido ya superada por la natural evolución de los factores ajenos al proceso ideológico, aunque en continua interferencia con él: Las nuevas nacionalidades independientes intentan cuajar en formas cuya efectividad histórica ha sufrido un duro embate. De aquí su inicial contradicción.

A la que se añaden las derivadas de los siguientes hechos:

1.º La actuación colonizadora europea no ha producido hasta el momento presente los supuestos sociales necesarios

para hacer viable una situación de independencia dentro de las condiciones exigidas por la convivencia actual. Cuando ha sido posible, o al menos presta caracteres esperanzadores —fuera del caso de trasplante de elemento de población metropolitana, claro está—, para un futuro relativamente próximo, ha sido por una reacción de las fuerzas autóctonas. La acción metropolitana ha servido aquí de fermento aglutinante y ha suministrado elementos para una configuración seudomórfica. Al mismo tiempo que ha dejado también un amplio sedimento de autodesintegración.

2.º Uno de los tributarios de más considerable aportación a la ideología de insubordinación colonial, el marxismo-leninismo, ha sufrido en cuanto a su real significado un viraje total; poniéndose al servicio del más férreo instrumento de opresión conocido en la historia. (La pretendida transitoriedad del sistema, en que se pretende justificar la brutalidad del hecho, no es más que un ingenuo artilugio simulatriz que en nada afecta al planteamiento del problema.)

3.º Otra de las grandes aportaciones a la gran corriente liberadora, ese nebulósico humanitarismo filantrópico, encubridor casi siempre de muy torcidas motivaciones íntimas, no ha sido sino el vehículo de una continuada expansión económica, actualmente en trance de sustituir la ya resquebrajada vinculación política por una nueva forma de dominio, cuyo alcance, cuando llegue a su plenitud, es difícilmente previsible.

IV

En la fase inicial de su expansión espacial los pueblos europeos no necesitaron fórmulas justificativas. El derecho a dominar los pueblos situados fuera de su esfera de conviven-

cia parecía tan evidente que no hubo necesidad de apoyaturas teóricas que, ni siquiera *a posteriori*, lo justificaran. Esto estaba tan en el común sentir que no precisaba planteamiento explícito.

Surge éste precisamente ante la necesidad de elaborar una norma de conducta que regulara las diversas y múltiples situaciones concretas que del hecho expansivo se derivaban. Si sólo una alta misión evangelizadora justificaba, en última instancia, el establecimiento de un dominio permanente sobre otros pueblos, a su mayor efectividad debieran plegarse las restantes exigencias. Y aunque el propósito de lucro fuera el pretexto estimulante, estos principios presidieron la actuación ibérica, avanzada de expansión occidental. A su peculiar sentido de la dignidad humana, trasvasado a moldes de formulación cristiana, se deben los únicos logros que en el aspecto colonial —tomando la palabra en amplio sentido, claro está— se pueden asignar los pueblos europeos.

Después, al subestimar los supuestos que habían servido de base a la hegemonía hispánica, los pueblos europeos que sustituyeron su empeño ordenador se consideraron autoinvertidos de una «misión civilizadora» sobre el resto del mundo. Al sentirse satisfechos de sus propios logros culturales creyeron ingenuamente que su irradiación a los espacios que vivían ajenos a tanta maravilla era un imperativo de conciencia. Cual fuera el contenido de este propósito civilizador ha quedado siempre un poco en nebulosa, como nebulosa era también la visión de los propios supuestos estructurales. ¿Qué es lo que el mundo europeo pretendía trasplantar como imperativo conformador sobre pueblos cuyos supuestos existenciales diferían tan radicalmente de los suyos? (La concepción del «buen salvaje» apenas sólo tuvo influencia como argumento en la dialéctica política metropolitana; su efectividad en el hecho colonial fué muy escasa.)

Para establecer una relativa claridad sobre este confuso proceso hemos necesariamente de referirnos a la estructuración de la vida metropolitana y a su contradictoria dualidad. Mientras que la real armazón de la vida social estaba asentada en principios cuyas raíces se ahincaban sólidamente en la ordenación que presidiera el mundo occidental en la etapa considerada ahora superficialmente como superada, una superestructura ideológica, sin raíces profundas, simulaba una apariencia de íntima constitución y, al efecto de su virtualidad ordenadora, se atribuía la precaria estabilidad que servía de basamento al equilibrio social. La realidad era —y es todavía— que esta ideología actuaba sobre la recia y previa contextura social con un efecto a la vez estimulador y desintegrante. (Cuando el efecto desintegrador ha llegado a un grado tal que los auténticos fundamentos sociales han sido opuestos en conmoción, entramos en la gran crisis social de nuestra época.)

Fué esta superestructura ideológica, en distintas fases de su proceso evolutivo, la que estableció contacto en el mundo colonial. Este, en su vida más elemental, carecía de caparazón ideológico, cuya función, en este caso, hubiera podido ser de amortiguamiento y encaje del efecto desintegrante del invasor.

Aunque en realidad la misión civilizadora asignada ejerció funciones de gran rótulo enmascarante, la expansión económica era el principal propósito, y en función de ésta, la organización del dominio político y el trasplante de elemento humano y, con éste, la ideología dominante. No hubo trasvasación de íntimas esencias, sino fórmulas cuya aplicación a medios extraños las vaciaba de significado real, pero que resultaron de gran eficacia en cuanto al modelamiento y rotulación de las inquietudes que el mero contacto con el elemento colonizador suscitaba.

No existió propósito de engaño deliberado. Por el contrario, en muchos casos se actuó de buena fe. La misma buena fe

con que los pueblos europeos han considerado en estas últimas décadas como esencial a la íntima contextura social lo que no era más que secreción episódica y postiza. Pero si los pueblos europeos tenían una cierta inmunidad congénita para sus propias secreciones, y de aquí su larga resistencia ante el persistente efecto desintegrador, las culturas extraeuropeas se presentaron como organismos vírgenes a su acción corrosiva. Por eso han sido las colonias quienes más gravemente han sufrido las consecuencias. Porque al querer edificar la dislocada sociedad indígena sobre nuevas bases se ha querido echar mano de fórmulas bajo cuyo signo no hay posibilidad de construir nada durable.

El rencor social ha sido la principal reacción defensiva. Desde este punto de vista hemos de considerarlo como factor positivo en cuanto a la preservación de sociedades indígenas. La gran paradoja surge cuando por incapacidad morfogenética tiene que alojarse, para buscar formas de acción efectiva, dentro de moldes de creación europea.

El indígena revolucionario, renegando de la nación dominadora en el idioma de ésta y propugnando para su país estructuras políticas de marcadísima elaboración europea, es el más triste ejemplo del gran fracaso de la obra colonial. Y de aquí uno de los grandes lastres iniciales de las nuevas independencias.

VI

La idea de que el mundo colonial marcha irremediablemente hacia una no lejana emancipación ha enraizado fuertemente en la general opinión de los países dominadores. Hasta aquellos círculos que, más directamente vinculados a la realidad colonial, mantienen un criterio independiente y hasta

discrepante, apenas si se atreven a expresarlo abiertamente. Y cuando lo hacen, dentro de todo género de concesiones para no herir abiertamente lo que se considera como opinión mundial dominante.

Hay en este ambiente como una cierta *tabuización* de lo colonial, tabú que alcanza más a la palabra en sí que a lo que bajo su nebuloso significado se cobija. Las tibias medidas que, tras la inhibición postbélica, se ha adoptado para contrarrestar la creciente tendencia emancipadora del mundo colonial, han sido realizadas al margen de las paralelas declaraciones políticas, destinadas casi siempre a encubrir las actuaciones reales.

La única política colonial a cuyas directrices hay que simular adscribirse, para no incurrir en el enojo de los sedicentes voceros del universal sentir, es aquella que tiende a crear las condiciones que aceleren el proceso emancipador de los pueblos dependientes. Bajo una serie sucesiva de cada vez más atenuados grados de dependencia llegar a la meta final de vinculación de un plano de igualdad, poniendo fin a todo resto de dominio opresivo. Teóricamente ya se ha dado en muchos casos el paso decisivo, y son ya muy numerosos los países coloniales cuya situación jurídica establece una forma de unión a la metrópoli rectora bajo un signo asociativo. Mas la efectividad de esta forma asociativa y el contenido que esta nueva vinculación entraña depende de la conjugación de la potencialidad agresiva del país interesado con las posibles ayudas externas. De aquí el abismo que separa las situaciones de hecho de las uniones anglo-india u holando-indonésica, de la que ofrece la Unión Francesa en su área africana.

VII

Es indudable que a la actitud inhibitoria de las potencias coloniatrices, subsiguiente al confusionismo postbélico, ha sucedido una ligera reacción. Por esto el aprovechamiento de determinadas oportunidades ha sido decisivo en el logro de las nuevas situaciones de independencia.

Primeramente, la situación de debilidad, tanto desde el punto de vista de medios bélicos como en el aspecto económico, de los países europeos al final de la contienda armada. Momento que coincidió con la máxima ebullición de la inquietud emancipadora, sobre todo en aquellos países que sufrieron directamente sus consecuencias. La excitación ideológica de la guerra y la sensación de urgente necesidad de aprovechamiento del momento fueron los dos motivos primordiales determinantes de esta agudización.

En segundo lugar, la subestimación de la labor colonizadora, producida a la vez por una cierta desgana colonial y un sentirse desasistido de razones justificativas de la continuidad en el empeño. Parece como si el gran impulso que llevó a la cultura europea a desparramarse fuera de su ámbito espacial se hubiese agotado. Precisamente la preexistencia de este cansancio cultural ha hecho que la propaganda ideológica de la guerra a que inicialmente aludíamos se haya incidido sobre terrenos abonados. Y de aquí la gran tendencia anticolonialista con que tuvo y aún tiene que enfrentarse la incipiente actuación recuperadora.

Pero es indudable que ésta no pisa terreno firme. Sobre ella siempre gravitará el sentimiento de que las soluciones que la superestructura ideológica puede aportar a esta perentoria necesidad de remedios para la propia dislocación social es insuficiente. El pretexto, aun cuando fuere auténticamen-

te sentido, del cumplimiento de una «misión civilizadora», falla en su base. «¿Es que vamos a hacer caer a los restantes pueblos en la gran trampa cultural que amenaza tragar todo nuestro tinglado?»

VIII

La acometida anticolonialista del marxismo-leninismo se enlaza con los comienzos de la subversión clasista de los pueblos europeos. Las razas de color son incluidas en bloque dentro del «proletariado universal», que cobija a todos los presuntos oprimidos bajo una teórica solidaridad.

Ya Marx esbozó, y sus seguidores completaron, la idea de que la expansión capitalista a territorios coloniales había de ser considerable rémora para el lógico desenvolvimiento del proceso histórico que profetizó al capitalismo. Cerrar, en lo posible, los nuevos campos de expansión había de contribuir a la evitación del alargamiento del proceso. Con este intento se inicia la acción subversiva de marxismo en las colonias. La presunta solidaridad y el subrogarse la herencia de los esporádicos antecedentes del «humanitarismo» no fué sino un simulacro propagandístico.

A esta dualidad entre acción propagandística y propósitos reales permanece fiel la actuación soviética en colonias. El misticismo expansionista ruso simula fidelidad a los principios del marxismo-leninismo, de los cuales extrae su arsenal propagandístico. Al mismo tiempo utiliza el sentimiento de rebelión clasista tan arraigado en los países occidentales para procurarse fieles aliados eventuales en el gran designio de dominio mundial a que, en última instancia, subordina todas sus actuaciones.

Por ello los supuestos propagandísticos con que incide en

el mundo colonial mantienen en lo fundamental la línea de la anterior agitación marxista. Pero ampliando el campo de actuación. Cualquier procedimiento es bueno si puede crear un conflicto a la potencia dominadora. La excitación del preexistente rencor racial se realiza aprovechando todas las oportunidades y con arreglo a técnicas previamente estudiadas. En este rencor exacerbado encuentran clima propicio para ulteriores actuaciones, y bajo estas circunstancias es como mejor puede lograrse el plantel de elementos incondicionales base de éstas.

IX

Uno de los principales aspectos del efecto desintegrador que la acción colonial realiza en el pueblo dominador es la fisura que produce entre las generaciones. La cultura invasora ofrece a los elementos jóvenes puntos de apoyo que les permiten relajar la densa tensión coactiva de los círculos de procedencia. La sociedad indígena pierde su cohesión. Los supuestos en que basaba sus formas de convivencia sufren una fuerte embestida. Los viejos sienten que un principio destructor invade poco a poco la sociedad tradicional. Y surge una reacción de rencor contra el invasor culpable. Muy impreciso, amortiguado inicialmente por el peso del prestigio racial, pero que va incrementándose a medida que este se diluye. Rencor instintivo, difuso, que se trasluce en todas las concretas relaciones de convivencia interracial. Rencor que rebasa el círculo de reacción inicial e impregna progresivamente todos los sectores de población del grupo sometido. Incluso a los jóvenes.

Por una doble vía llega a éstos la reacción. Por una parte, su propia incapacidad para conformar su vivir a las formas periféricas de una cultura cuyas exigencias contradicen su

íntimo sentir. Por la otra, el sentirse rechazados por una sociedad a cuyas normas de comportamiento quisieron ilusoriamente adscribirse y que opuso instintivamente un obstáculo espectral a la asimilación sin reserva de elementos racialmente diversos. La más expresiva forma concreta de este sentimiento segregador ha sido la llamada «Colour bar».

El rencor racial, identificando de nuevo en un común sentir todos los dispersos elementos de la población dominada, constituye un eficaz aglutinante. Aglutinamiento que abarca incluso el amplio campo de convivencia creado por el invasor, superador casi siempre, y a veces en grandes proporciones, del estrecho círculo de convivencia tradicional. Simula incluso a veces un aspecto tal de solidez que un observador superficial —y en política activa pocas veces se es otra cosa— se cree en presencia de un profundo sentimiento unificador capaz de servir de elemento estructural para la edificación de formas políticas superiores. El hecho de que la ideología europea ha suministrado provisional rotulación cobijadora coopera considerablemente al sostenimiento de la ficción.

X

La guerra dejó a las potencias del occidente europeo en grave situación de quebranto. Sobre una situación de guerra civil latente, provocada por la subversión clasista al servicio de la exacerbada voracidad soviética, y de grave depresión económica, la falta de voluntad reactiva de los recién liberados hacía que las dificultades que cercaban las posibilidades de recuperación europea se presentaran como insuperables. La ayuda económica norteamericana fué el fácil camino que permitió eludir el cerco cuya superación presentaba un panorama de tan arduas exigencias. Pero al condicionar la recuperación

européa esta ayuda se ha puesto en manos de los Estados Unidos un delicado instrumento de influencia política. Que a veces se hace suavemente perceptible. Sobre todo cuando se actúa sobre cuestiones en las que existe manifiesta divergencia de puntos de vista. Por ejemplo, y primordialmente, la cuestión de la proyección colonial europea.

El pensamiento norteamericano en materia colonial es principalmente consecuencia de la gran corriente anticolonista derivada de la que se autocalificó de «humanitaria» y que coincide históricamente con la iniciación de los Estados Unidos en el ámbito de los pueblos libres. Pero, por esta magnífica cualidad del norteamericano, tan contrario en esto del europeo, y de aquí uno de los trucos de su eficacia, de no elaborar sistemas de comportamiento que contradigan sus intereses económicos, esta corriente anticolonista ha sufrido un pequeño viraje y sólo es aplicada hacia las situaciones de dependencia ajena.

Y así se erigen —más o menos abiertamente— campeones de las nuevas independencias. Un país independiente ofrece siempre más oportunidades de penetración económica que un territorio dependiente. Aunque en la actual coyuntura mundial los resultados no hayan coincidido siempre con las esperanzadas previsiones. Las formas de dominación económica no son, de momento, más eficaces que los cínicos métodos de la brutal expansión soviética para sustituir al periclitado dominio europeo. Quizá por esto se frenara un tanto la inicial tendencia y subsiguientes actuaciones que hacían prever un rápido amputamiento de casi toda la derivación colonial europea.

El previo desbrozamiento de obstáculos políticos para facilitar la expansión económica estadounidense ha mostrado, pues, su peligrosidad.

¿Y para qué exponerse a una situación de incógnita y

peligrosa expectativa sobre un campo en que la eliminación del presunto obstáculo derivado del mantenimiento del dominio europeo a quien más favorecerá es al gran rival en la lucha por el dominio mundial? Y máxime teniendo en cuenta que la psicosis de panacea del dólar creada en las potencias coloniales europeas facilitaba el camino a la penetración económica en las colonias. Así, al amparo protector de la actividad ordenadora europea, a cuyo dominio político se aspira sustituir, se va creando el tinglado económico que permita, a su hora, disponer de eficaces bases para el manejo de una simulada independencia.

XI

En tan complejo panorama son muchos los factores conjugables. La incógnita del mundo colonial se identifica con la incógnita del mundo. La dualidad de supuestos que imposibilita la convivencia en una esfera mundial, encuentra su eco inmediato en las colonias. La bipolarización del mundo en dos núcleos cuya antagonica posición se va exacerbando en el transcurso del tiempo, determina la situación del mundo colonial, gran botín de la guerra latente y campo para la previa toma de posiciones en vista de la decisión final. ¿Llegará ésta a realizarse? ¿Se mantendrá la pugna dentro de las alineaciones previsibles?

El mundo vive en una gran expectativa, y este clima es gran acelerador de procesos. Existen hoy en el tablero mundial fuerzas larvadas que, si en la hora presente apenas muestran efectividad, su irrupción súbita en el curso del proceso político puede producir considerables virajes en lo que se prevé como lógico acaecer.

LUIS TRUJEDA INCERA